

Sociología y Antropología en Castilla y León: El reto de la interdisciplinariedad ¹

Plantear hoy las relaciones entre Antropología y Sociología resulta tal vez ocioso y poco práctico. Los manuales advierten y señalan sus vínculos y diferencias; sus respectivas tradiciones revelan las fronteras y zonas de convergencia.

No obstante, aunque puede que ya no tenga mucho sentido abordar la cuestión en términos generales, sí puede tenerlo plantearlo a un nivel más particular. En concreto, el problema puede ser significativo si se consideran la trayectoria y la historia de estas disciplinas en cada país.

Esta cuestión puede ser de mayor interés si se considera, como es nuestro caso, dentro del debate sobre las premisas y los fundamentos que deben contemplarse en la configuración de la nueva Licenciatura de Antropología Social a implantarse, próximamente, en la Universidad de Valladolid.

Partiendo de esta premisa me propongo, adelantar algunas observaciones sobre las características y las constantes que definen

¹ El texto contiene la ponencia presentada en la Primera Reunión Científica de Antropología Social y Cultural en Castilla y León, celebrada en Palencia, del 30 de noviembre al 1 de diciembre de 1995.

las relaciones y las diferencias entre la Sociología y la Antropología en nuestro país y, más concretamente, en nuestra región.

Sin ánimo de ser exhaustivo e intentando sugerir algunas cuestiones que permitan profundizar en el tema, abordaré básicamente tres aspectos: 1.º ¿Cómo se expresa la relación de la Antropología y la Sociología en la historia de ambas disciplinas? 2.º ¿Cómo se plantea este diálogo en nuestro país en las últimas décadas? 3.º ¿Cuáles son los rasgos que caracterizan a ese encuentro en nuestra propia región?

Al plantear estos interrogantes tendremos en cuenta no sólo lo que son ambas disciplinas, sino también lo que realizan sus especialistas. Aceptamos que la identidad de una ciencia no se limita al trabajo de sus profesionales, pero entendemos que esta dimensión incide en su configuración y desarrollo.

I. SOCIOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA: EXPRESIONES Y FUNDAMENTOS DE SUS RELACIONES Y DIFERENCIAS

La historia de estas disciplinas explica los motivos de su aparición y desarrollo como ciencias diferenciadas. Su nacimiento y, en cierta forma, su configuración se ha realizado de un modo independiente, aunque se han dado también espacios de contacto y relación. De un lado las convulsiones y transformaciones sociales del siglo XIX impulsan el nacimiento de la Sociología. De otro, el interés romántico por lo exótico converge con el deseo kantiano de crear una antropología y con el proyecto colonial en la fundación de la Antropología, lo que lleva a que muchos autores consideren hasta hoy a la Antropología como «la ciencia que estudia las sociedades relativamente homogéneas, de pequeña escala y sin historia conocida», mientras que la Sociología se «centra en las sociedades complejas y heterogéneas, ... industrializadas o modernas» (Rivière, 1995, p. 21). Así, pues, «el estudio de lo exótico servía para diferenciar a la antropología de su íntima vecina, la Sociología» (Freedman, 1981, p. 63).

Sin embargo, a pesar de estos matices y de tener orígenes diferentes, su desarrollo se ha planteado en continuo diálogo. Desde los inicios de la Sociología se constata como los sociólogos se acercan a lo que en principio parecía objeto reservado a los antropólogos. Marx, Durkheim y Weber se preocupan de aquellas sociedades que quedaban fuera de la órbita de la industrialización. La Sociología «cumple frecuentemente *à rebours* el camino que ha recorrido la antropología. Esta última ha sido incitada, por un impulso interior muy significativo, a saltar de lo primitivo a lo actual; la primera desciende, obedeciendo a una incitación no menos urgente, de lo actual a lo primitivo. Pero este doble movimiento es el índice de la complementariedad de las dos investigaciones» (Cantoni, 1972, p. 48).

Por su parte los antropólogos reconocen abiertamente su cercanía con la Sociología. Malinowski entiende que «en muchos sentidos Durkheim puede ser considerado como representante de una de las más serias tendencias de la antropología moderna» (Malinowski, 1970, p. 25). Radcliffe-Brown reconoce que «el objetivo de la antropología social es usar el conocimiento sobre las sociedades primitivas para establecer generalizaciones válidas y significativas sobre los fenómenos sociales. En este sentido es en el que podemos considerarla como un tipo de sociología» (Radcliffe-Brown, 1975, p. 154). Para Evans Pritchard la Antropología «puede considerarse como una rama de estudios sociológicos que se dedica principalmente a las sociedades primitivas» (Evans-Pritchard, 1973, pp 26-27).

Este doble frente en el que se sitúan sus diferencias y relaciones presenta algunas peculiaridades según los países. Así en Norteamérica, tras la orientación desarrollada por F. Boas, los antropólogos se aproximan a la Psicología y consiguientemente se distancian de la Sociología. Los sociólogos, por el contrario desde los comienzos de la Escuela de Chicago hasta el propio Parsons reconocerán su deuda con la Antropología y aceptarán algunos de sus hallazgos teóricos y metodológicos.

En la tradición británica, tal como hemos visto, un número amplio de antropólogos reconocen su deuda y su proximidad con la

Sociología, llegando a defender la inclusión de la Antropología en la propia Sociología.

Hasta la mitad de nuestro siglo parecía, no obstante, que estas ciencias tenían unas fronteras bien definidas, tanto por su campo de estudio como por su método y sus técnicas, justificándose, tal como señalaba Evans Pritchard que la Antropología fuera «la sociología de los primitivos».

No obstante, a partir de los años cincuenta los procesos que se suceden en las distintas sociedades introducen a las culturas del mundo en nuevas dinámicas que diluyen, en parte, las diferencias y los matices propios de la etapa colonial. Las «sociedades simples», analizadas por los antropólogos, entran en procesos de cambio que las convierten en «complejas. Las «sociedades complejas», estudiadas por los sociólogos, se fragmentan y diversifican, apareciendo en su seno nuevos problemas y dimensiones de estudio. Por otro lado los métodos y las técnicas de la Antropología son retomados por otras disciplinas, especialmente por la Sociología. Al mismo tiempo, los antropólogos prestan más atención a la conexión existente entre los aspectos cualitativos y los cuantitativos, articulan la perspectiva basada en el microanálisis del comportamiento con datos y realidades de carácter general.

Estos procesos llevan a una convergencia de intereses, orientaciones y preocupaciones que hacen borrosas las fronteras y los rasgos de identidad de ambas disciplinas. Crecen los focos de interés común y se invaden recíprocamente en muchos puntos teóricos. Las diferencias que tradicionalmente se indicaban para justificar sus fronteras parecen cada vez más ficticias o irreales. Los antropólogos trabajan en sociedades industriales de las que ellos mismos son miembros, en fábricas, prisiones y psiquiátricos, y se interesan por el estudio de la familia y el parentesco en las grandes ciudades, los fenómenos migratorios, los grupos y tribus urbanas. Por eso, tal como advierte L. Mair: «estamos convencidos de que al realizar este tipo de trabajo aportamos un enfoque que es específicamente el del antropólogo, pero cada vez se hace más difícil decir en qué consiste» (Mair, 1973, p. 15)

A pesar de ello, muchos antropólogos y sociólogos seguirán manteniendo las posturas tradicionales e insistirán en que ambas disciplinas no solo tienen tradiciones distintas, sino que se basan en premisas y supuestos diferentes.

¿Cómo se explica hoy esta distinción? ¿Qué argumentos se utilizan para razonar esa separación? ¿Tienen los antropólogos, tal como pretende Levi-Strauss, una concepción del mundo diferente de la de los sociólogos? (Lévi-Strauss, 1961, p. 17) ¿Poseen una manera propia y original de plantear los problemas? ¿Sigue existiendo un campo específico y diferenciado de investigación para antropólogos y sociólogos? ¿Existe, como señala L. Mair, en los antropólogos una «matriz social» propia y distinta de la de los sociólogos para entender los fenómenos sociales? (Mair, 1973, p. 15). ¿Son distintas las preguntas que se formula el antropólogo y el sociólogo cuando asumen el estudio de la sociedad? ¿Acaso las cuestiones por las que se interesan los antropólogos: ¿Cómo funcionan los diferentes sistemas culturales y cómo llegaron a ser lo que son? (D. Kaplan-R. A. Manners, 1979, p. 218) no son también interrogantes que debe abordar el sociólogo? ¿Difieren los caminos y los cauces que deben seguirse, en un caso y en otro, para hallar respuesta a estas cuestiones? ¿Puede mantenerse hoy que la principal aportación del antropólogo al estudio de las ciencias sociales radica en su aproximación cualitativa, en su capacidad para hacer una etnografía densa y para desvelar la lógica que subyace a los comportamientos sociales? ¿Esas tareas no son también cometidos, misiones y preocupaciones de los sociólogos? ¿Dónde están, pues, las diferencias, si las hay?

No parece fácil solucionar estas cuestiones, sobre todo a la vista de lo que en la actualidad realizan los antropólogos y los sociólogos. Es difícil establecer límites y fronteras entre unos y otros. El antropólogo ilumina su temática concentrando su interés sobre las obras y sobre el comportamiento del hombre como *socius* y como generador de hechos y procesos culturales, pero lo mismo podemos decir del sociólogo. El antropólogo se aproxima al sociólogo, y casi se confunde con él, analizando los fenómenos más significativos y emergentes de la sociedad actual. La búsqueda de campos específicos y

autónomos de investigación parece complicarse cada vez más, las ciencias sociales se eslabonan unas con otras en una especie de red sólidamente enlazada.

Parece, pues, que son razones ajenas a la propia práctica científica las que explican las supuestas fronteras y las diferencias que en la actualidad se establecen entre sus objetos y métodos.

A pesar de ello pueden apuntarse algunos hechos que explican no solo la evidencia de esta distinción, sino también la necesidad de que se mantenga. Fijándonos en lo que actualmente sucede en el ámbito de las ciencias sociales y en la dinámica seguida por nuestra sociedad reconocemos la conveniencia y la inevitabilidad de esa separación. El pluralismo de realidades que hoy emergen en nuestro entorno, su complejidad y diversidad; la multiplicidad de horizontes de estudio que se abren a las ciencias sociales; la fragmentación de las propias ciencias en múltiples subdisciplinas o especialidades derivadas de la diversidad de espacios a los que acceden, son algunos de los motivos por los que resulta absurdo intentar negar su identidad diferenciada o tratar de diluir una en otra cuestionando su autonomía, sus especialidades y sus respectivos marcos teóricos.

Por eso, visto el problema desde esta perspectiva, quizás lo que se impone es, además del reconocimiento de sus respectivas tradiciones, la búsqueda de cauces de encuentro y de intercambio que ayuden a penetrar más ampliamente en la comprensión de nuestra realidad y que permitan a los sujetos estudiados encontrar caminos de solución de sus problemas y necesidades. Se impone, en definitiva, un intercambio de modelos, respuestas y enfoques que sirva para ampliar nuestras perspectivas de comprensión de lo social y cultural.

Así pues, aunque reconocemos la presencia de fronteras y la existencia de corporativismos, creemos más importante centrar la discusión no tanto en lo que nos separa o confunde, sino en torno a lo que nos une, a lo que nos enriquece mutuamente desde la diferencia.

Es desde este talante desde donde tiene sentido una reflexión sobre los espacios de diálogo entre antropólogos y sociólogos dentro de nuestra región y en nuestra propia Universidad.

II. SOCIOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA EN ESPAÑA: FRONTERAS Y ESPACIOS DE CONVERGENCIA

Situados en este horizonte ¿cuáles son esos espacios propios y diferenciados de la Sociología y de la Antropología, tal como se realizan estas disciplinas en nuestro país? ¿Dónde se encuentran las diferencias y los vínculos, si se dan, entre ambas? ¿En qué medida puede hablarse de un diálogo o un encuentro entre estas disciplinas?

Para alcanzar una respuesta matizada a estos interrogantes parece necesario tener presente el contexto inmediato en el que se desarrollan y el marco en el que se sitúan a lo largo de las últimas décadas. Parece también importante tener presente lo que han venido realizando sus respectivos profesionales. Ya advertíamos que este criterio no es definitivo y tiene sus límites, pero, a pesar de ello, nos ofrece algunas pistas para entender el alcance y los límites de esa colaboración.

Partiendo de estas premisas, reconocemos que el desarrollo de la Antropología y de la Sociología ha estado mediatizado en los últimos años por distintos factores que han incidido directamente en su separación y distanciamiento.

Sin entrar en detalles recordamos que los acontecimientos que se suceden a partir de 1975 hacen viable la implantación de la Sociología en el ámbito intelectual, cultural, así como en el mercado, la política y la formación de opinión. Su expansión académica y asociativa son notables. La universidad dejará de ser la fuente de reabsorción de las primeras generaciones de sociólogos, produciéndose una expansión y una diversificación ocupacional creciente. Buena parte de los licenciados en Sociología durante los años 80 encontrarán acomodo profesional como técnico fuera del ámbito universitario.

Por el contrario la Antropología queda anclada y reducida, en gran medida, al espacio académico limitando su posible realización más allá del ámbito universitario. Mientras la Sociología lograba expandirse académica y profesionalmente fuera de la Universidad, la Antropología quedaba en la mayor parte de las Autonomías anclada

A ello se asocia el influjo ejercido por un grupo de antropólogos extranjeros que durante los años sesenta y setenta realizan estudios en nuestro país, sirviendo de referencia a algunos de nuestros antropólogos que asumen y aceptan una visión de la antropología como disciplina con un objeto y un método diferentes de los de la Sociología. El hecho de que la mayoría de ellos procedieran de Norteamérica influyó también en la idea de la Antropología como una ciencia preocupada por los particularismos propios de cada región, los estudios de comunidad, los procesos de modernización, las etnias, el campesinado... Aspectos alejados, tanto por su contenido, como por el enfoque, de las preocupaciones e intereses que en ese momento atraían a los sociólogos.

Sin duda, los procesos han sido más complejos y podrían apuntarse otras razones para entender la trayectoria de estas disciplinas y para explicar sus respectivos desarrollos. No es momento de detenerse en la revisión de la historia reciente de la Sociología, ni tampoco procede ahondar en los factores externos e internos que llevaron a los antropólogos a asumir la posición y la imagen que hoy predomina en nuestro entorno académico.

Lo que es indiscutible es que el desarrollo diferenciado de ambas disciplinas y las parcelas de conocimiento que reclaman sus especialistas establecen las distancias y las fronteras que hoy existen entre ambas. En este contexto el diálogo entre ellas ha sido escaso y apenas se ha planteado, salvo en el ámbito universitario, donde cada grupo reclama su propia área de conocimiento y su parcela de poder y protagonismo.

En estas condiciones, ¿existen espacios de comunicación y colaboración? ¿Es posible la cooperación, el diálogo y el intercambio entre ambas disciplinas? ¿Puede darse una aproximación que permita superar las fronteras actuales?

Desde una perspectiva amplia hay que reconocer que un sector de antropólogos está claramente preocupado por retomar una línea de investigación próxima a las urgencias y realidades propias de nuestro momento, que haga de la Antropología una disciplina

cercana a nuestros procesos y dinámicas, una ciencia que tenga en cuenta su complejidad y que conecte interdisciplinariamente con otras ciencias afines como la Historia y la Sociología.

El problema radica, no obstante, en las posibilidades de ocupar ese espacio, de abordar ese reto, pues los sociólogos ya están centrados en la consideración de tales problemas. El hecho de que la Sociología asuma ese horizonte de estudio puede, por tanto, limitar la expansión, no tanto, académica, sino profesional e investigadora de los nuevos antropólogos. De aquí pueden derivarse algunas tensiones o lo que quizás ya está ocurriendo, el refugio de los antropólogos en parcelas o en temas de estudio distantes de lo que son realidades de interés sociológico.

Los límites para el intercambio no los pone por tanto la realidad, el campo de estudio, ni los métodos de análisis, comunes y coincidentes en ambos casos, sino las dificultades prácticas, los procesos institucionales de ambas disciplinas, las mediaciones políticas que inciden en el mayor protagonismo de unos y de otros, los prejuicios o las deformaciones profesionales sobre lo que es y no es propio de la Antropología y de la Sociología.

Superar estos límites no va a ser fácil, pues tampoco parece que exista mucha preocupación de romper fronteras. Antropólogos y sociólogos asumen sus distancias y dejan de lado la discusión sobre lo que pueden ser parcelas comunes de encuentro e intercambio.

¿Cómo puede romperse este aislamiento? ¿Es posible plantear alguna vía que diluya las barreras entre Sociología y Antropología? ¿Cuál es la situación en nuestra región? ¿Asistimos al mismo proceso? ¿Existen matices o diferencias?

III. SOCIOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA EN CASTILLA Y LEÓN. LÍMITES Y EXIGENCIAS PARA EL DIÁLOGO INTERDISCIPLINAR

Las constantes que definen a la dinámica seguida por la Sociología y Antropología en nuestro país durante las dos últimas déca-

das se agudizan y acentúan en nuestra región. Con el agravante de que aún siendo una zona en la que los ámbitos de investigación tradicionalmente asignados a estas ciencias tienen una especial relevancia, ha sido y sigue siendo todavía muy reducida su presencia, tanto en la Universidad como en el ámbito del mercado, la política o la cultura.

Actualmente parece iniciarse una nueva etapa en la que la Sociología y la Antropología comienzan a tener un reconocimiento y en consecuencia una posible expansión. Sin embargo, hasta muy recientemente su existencia ha sido residual, limitándose principalmente, a formar parte de los planes de estudio de algunas especialidades en las que su representatividad era además escasa.

Este hecho, asociado a otras razones, ha determinado, si observamos lo que sucede en otras regiones, un retraso en su implantación dentro de la Universidad y en el desarrollo de proyectos de investigación.

Al resaltar este dato, no negamos la importancia de algunos estudios tanto de Sociología como de Antropología que, en alguna medida, han marcado las pautas de investigación y desarrollo de ambas disciplinas dentro de nuestro país. Tampoco podemos olvidar la existencia dentro de nuestra región de un grupo de sociólogos y antropólogos preocupados por explicar sus procesos, sus rasgos de identidad, sus constantes sociales y culturales. Así en el caso de la Antropología contamos con un número amplio de monografías realizadas por un grupo de antropólogos extranjeros en las que se analizan nuestros modos de vida y nuestros procesos de cambio (Kenny, 1961; Arguedas, 1987; Freeman Tax, 1965; Acebes, 1973; Brandes, 1975). Del lado de la Sociología nos encontramos también, entre otros, con los estudios realizados en la década de los sesenta por Víctor Pérez Díaz sobre Tierra de Campos (Pérez Díaz, 1966; 1969).

Sin embargo, este empuje inicial y el atractivo que nuestra región presenta para los estudiosos de las ciencias sociales no impulsó su crecimiento y expansión interna, ni posibilitó la aparición de

equipos o grupos de investigadores que se comprometieran con el estudio de sus problemas y realidades. La Sociología tardará en hacerse presente dentro de nuestras universidades y la Antropología todavía no ha alcanzado un reconocimiento como especialidad o Licenciatura, lo que es un signo de la situación en la que nos encontramos.

Asociado a este hecho, debemos también advertir que estas disciplinas, dentro de su escasa presencia, han coexistido autónoma e independientemente. La expresión más clara de esta separación la tenemos en el modo en que se encuentran situadas dentro de la propia Universidad. En el caso de la Sociología existen departamentos propios en los que se impulsa y desarrolla la docencia y la investigación. Por el contrario, la Antropología se encuentra como área de conocimiento dentro de diferentes departamentos, en los que se relaciona con disciplinas alejadas, en muchos casos, de las constantes que identifican a las ciencias sociales. Aparece, en concreto, integrada en los Departamentos de Prehistoria, Filosofía, Psicología. Lo que revela el horizonte de intereses y preocupaciones que mueven a su profesorado. Este hecho nos pone también sobre la pista de lo que va a ser el horizonte de estudio en el que se sitúan la mayor parte de los antropólogos de nuestra región. A la vista de las publicaciones realizadas en los últimos años parece que la Antropología se asocia, predominantemente, con aspectos cercanos al folclore y a la vida tradicional. Con lo que el espacio de la llamada «antropología de las sociedades complejas» se desecha o se deja para los sociólogos, interesados, se supone, por el análisis de los problemas y realidades emergentes en los nuevos procesos de transición y de cambio que se producen en nuestra región.

A partir de aquí se observa también una diferencia en la perspectiva de estudio. Guiados por su interés en el mundo de la cultura tradicional y del folclore los antropólogos quedan anclados en la observación y descripción de los hábitos, costumbres, tradiciones, cultura material... de nuestra región. En su consideración de la realidad no se preocupan de ir más allá de la enumeración de hechos y comportamientos, su trabajo se limita, predominantemente, al que-

hacer etnográfico. No acceden a lo que constituye el análisis antropológico, tarea que implica y supone no sólo la enumeración de datos empíricos sino también y además su explicación e interpretación. El saber antropológico se ha apoyado tradicionalmente en el triple proceso de acumulación, comparación y generalización (Llobera, 1990, p. 43).

A diferencia de ellos los sociólogos tienen una perspectiva más amplia. Parten de un enfoque en el que asumen como claves de su disciplina las propias de la Investigación Social; se centran en las nuevas dinámicas demográficas, sociales y culturales; conectan sus intereses con las urgencias y los retos sociales de nuestra región, integrando en sus estudios las técnicas cuantitativas y cualitativas; tratan además de alcanzar una explicación más global de los procesos y dinámicas actuales.

Así pues, a pesar de que algunos antropólogos extranjeros siguieron, en algunos casos, «los planteamientos de la antropología social británica... y marcan una orientación de campo especialmente sociológica» (Esteve Fabregat, 1988, pp. 448-449), esa referencia no ha servido para que los antropólogos locales se percaten de cuál debe ser el horizonte en el que preferentemente deben situarse al estudiar los nuevos procesos y fenómenos.

Estamos, por tanto, ante un panorama poco alentador para hablar de convergencia o de diálogo entre antropólogos y sociólogos. ¿Es posible superar esta situación? ¿Puede hacerse algo por diluir las fronteras y converger en intereses y preocupaciones comunes? No es fácil apuntar soluciones. A pesar de todo, sugiero algunas vías que pueden facilitar su encuentro y relación.

Tal vez la primera tarea a emprender, tanto en la Sociología como en la Antropología, es la de establecer y definir sus campos de estudio y desde ahí plantear los aspectos en los que coinciden y en los que se complementan sus respectivas miradas o enfoques de la sociedad.

Esta tarea es especialmente urgente en la Antropología, pues según indicábamos, los antropólogos de nuestra región se han guia-

do por una visión «arcaizante» de la realidad, se han preocupado, predominantemente, por mostrar las «supervivencias» del pasado y han dejado de lado la consideración de los nuevos procesos emergentes en nuestro entorno, perdiendo de vista la proyección actual de su disciplina y su conexión con los espacios y urgencias estudiadas por los sociólogos. La Antropología castellano-leonesa debe en consecuencia replantearse su marco de estudio, su horizonte de investigación.

La delimitación de nuevos objetos y de nuevos espacios de estudio no supone, la renuncia o el abandono de su identidad tradicional, sino la reformulación de esa identidad en conexión con lo que son nuevas preocupaciones epistemológicas y nuevas demandas sociales y culturales. Definida, como hemos visto, por sus objetos empíricos (microterrenos), sus técnicas cualitativas (microobservación) y sus objetos teóricos (las permanencias o el inconsciente), la Antropología esta obligada a abrirse a nuevos campos de estudio, a interesarse por los nuevos comportamientos y por las nuevas realidades que hoy se hacen presentes en nuestra región.

Al igual que ocurre en otros contextos los antropólogos castellanos deben adentrarse en el análisis de una doble complejidad: 1.º la complejidad que corresponde a la acumulación de conocimientos, de experiencias y de revisiones críticas —la complejidad de la propia historia de su disciplina—; 2.º la complejidad de su objeto, del cual los cambios mas o menos acelerados de la historia pueden parecer una expresión y un componente (Agué, 1995, p. 75).

Con la ampliación y extensión de su campo de estudio la Antropología, además de asumir una nueva identidad, adquiere un reconocimiento y una legitimación como ciencia diferenciada: «la Antropología se hace posible y necesaria sobre la base de una triple experiencia: la experiencia de la pluralidad, la experiencia de la alteridad y la experiencia de la identidad» (Agué, 1995, p. 81).

Su interés por la pluralidad de formas de vida implica que no sólo se ocupe de las que han sido caracterizadas como exóticas, o para decirlo con lenguaje más teórico, como etnográficas. Deja,

en consecuencia, de ser una disciplina exótica y se convierte en una ciencia que pretende contribuir al desvelamiento del sentido de las nuevas formas de existencia. Por ello puede afirmarse que el objeto último de la investigación antropológica consiste en el estudio de los métodos de construcción del sentido en las distintas sociedades, que dependen, a la vez, de iniciativas individuales y de formas simbólicas colectivas (Augué, 1996, p. 109).

Para acceder a estas nuevas realidades los antropólogos se ven inevitablemente obligados a considerar preferentemente dos dimensiones, que aparecen, también, como propias y específicas de esta disciplina: el estudio de las representaciones simbólicas y el análisis de las prácticas rituales.

A partir de aquí puede defenderse la vigencia y actualidad diferenciada de la Antropología junto a otras ciencias sociales. Es indudable su proximidad con la Sociología, pero no se confunde con ella. Su campo de estudio, sus intereses, son, en parte, similares a los de esta disciplina, pero su historia y los nuevos objetos de estudio descubren esferas a las que esta no llega o en las que no se fija directamente.

Reconocidas y asumidas estas nuevas perspectivas parece que el diálogo y la articulación de la Sociología y de la Antropología se hacen más viables, pues ambas se sitúan en un mismo horizonte de intereses, aunque en su estudio priorizen distintas dimensiones de ese horizonte.

Esta confluencia en el objeto y en el campo de estudio debe servir lógicamente para impulsar una mayor aproximación e interacción en el ámbito académico. La separación que hoy existe entre estas áreas de conocimiento conduce a una ignorancia mutua y a un cierto recelo sobre sus respectivos campos de investigación y docencia. En la práctica lleva a perder la oportunidad de asociar esfuerzos que hagan posible su expansión académica y su propio desarrollo fuera de la Universidad.

Por eso se impone una mayor articulación, una mayor conexión que facilite su cooperación, que haga posible su intercambio y complementariedad.

Esta alternativa puede suscitar alguna tensión derivada de los intereses corporativistas. No obstante, a pesar de ese riesgo, es urgente retomar líneas de investigación, espacios de estudio que permitan articular proyectos conjuntos en los que, respetando sus identidades se puedan llevar a cabo avances en la comprensión y explicación de los procesos que hoy tienen lugar en nuestra región.

Al apuntar este dato nos parece también importante insistir en la necesidad de trascender el espacio académico. Un reto urgente es el de ampliar la orientación profesional de sociólogos y antropólogos más allá de la docencia. En este caso es evidente que la Sociología lleva la delantera a la Antropología y está demostrando que sus aportaciones pueden ser relevantes para determinadas áreas y espacios de gestión y acción. Los sociólogos de nuestra región, igual que los de otras autonomías, encuentran cada vez más acomodo profesional como técnicos y asesores en Ayuntamientos, Diputaciones, empresas. Los antropólogos, por el contrario, no han logrado ocupar esos espacios y se ven en inferioridad de condiciones. Tal vez éste hecho puede suscitar algunos problemas y tensiones por la competencia profesional, pero es evidente que el campo de acción e investigación es lo suficientemente amplio como para que no exista ese temor.

Más allá de estas vías o alternativas la situación en la que nos hallamos exige potenciar y facilitar momentos de encuentro, de comunicación e intercambio, similares al que nos congrega en este espacio, que ayuden a tomar conciencia de los problemas, de las posibilidades y retos pendientes. El marco de estas Jornadas constituye una plataforma ideal para la reflexión y el diálogo, para plantear y abrir interrogantes que permitan salir del «impasse» en el que nos encontramos.

Al apuntar estas opciones somos conscientes de que frente a nuestros límites, nuestras reticencias y nuestras suspicacias profesionales se abre un campo de estudio e investigación ilimitado en el que sociólogos y antropólogos podemos encontrar múltiples áreas y ámbitos de trabajo sin riesgo de chocar o de sentir la competencia.

Por ello se impone no solo descubrir esas parcelas en las que debemos hacernos presentes, sino también abrir vías de trabajo teóri-

co y metodológico que permitan superar viejos moldes o modelos parciales de mirar y considerar nuestra realidad.

Es indudable que desde esa doble referencia teórica y práctica es de donde debe surgir y plantearse la comunicación, la reflexión conjunta, el diálogo y el encuentro que hagan posibles el crecimiento independiente. Además se logrará un enriquecimiento mutuo en el diálogo y en el intercambio de perspectivas, métodos y enfoques que ayuden a conocer y explicar lo que esta sucediendo en nuestra tierra y a nuestra gente. El reto está abierto. Las posibilidades de asumirlo también. Solo nos queda «pasar a la acción».

JOSÉ LUIS IZQUIETA ETULÁIN

BIBLIOGRAFÍA

- Acebes, J. (1973), *Cambio social en un pueblo de España*. Barcelona, Barral.
- Arguedas, J. M.^a (1987), *Las comunidades de España y del Perú*. Madrid, Cultura Hispánica.
- Augué, M. (1995), *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. Barcelona, Gedisa.
- (1996), *El sentido de los otros*. Barcelona, Paidós.
- Brandes, S. M. (1975), *Migration, Kinship and Community: tradition and transition in a Spanish village*. Nueva York, Academia Press.
- Cantoni, R. (1972), *El hombre etnocéntrico*. Madrid, Guadarrama.
- Esteva Fabregat, Cl. (1988), 'La antropología en Castilla, hoy: un comentario', en: L. Díaz (Coord.): *Aproximación antropológica a Castilla y León*. Barcelona, Anthropos, pp. 446-472.
- Evans-Pritchard, E. E. (1973), *Antropología Social*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Freedman, M. (1981), 'Antropología social y cultural', en: AA.VV., *Corrientes de investigación en ciencias sociales*. Madrid, Técnico/Unesco. Vol. II.

- Freeman, S. Tax (1965), *Dimension of Change in a Castilian Village*. Massachusetts, Harvard University Press.
- Izquieta, J. L. (1991), *La antropología social en España (1970-1990)*. Salamanca, San Esteban, 1991.
- Kenny, M. (1961), *A Spanish Tapestry: Town and country in Castile*. Chicago University.
- Lévi-Strauss, Cl. (1968), *Antropología estructural*. Buenos Aires, EUDEBA.
- Llobera, J. R. (1990), *La identidad de la Antropología*. Barcelona, Anagrama.
- Mair, L. (1973), *Introducción a la antropología social*. Madrid, Alianza
- Malinowski, B. (1970), *Una teoría científica de la cultura*. Barcelona, EDHASA.
- Moreno, L. (1990), 'La sociología en la España Finisecular', en: L. Moreno-S. Giner (Comp.). Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 71-103.
- Prat, J. (1990), 'Antropología Social', en: L. Moreno-S. Giner (Comp.), *Sociología en España*. Madrid, CSIC, pp. 115-122 .
- Pérez Díaz, V. (1966), *Estructura social del campo y éxodo rural*. Madrid, Técno.
- (1969), 'Emigración y sociedad en la Tierra de Campos: estudio de un proceso migratorio y un proceso de cambio social'. Madrid, Estudios del Instituto de Desarrollo Económico.
- Radcliffe-Brown, A. R. (1975), *El método de la antropología social*. Barcelona, Anagrama.
- Rivière, C. L. (1995), 'Antropología y Sociología', en: *Diccionario de Sociología*. Madrid, Larousse.